

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1932.

NÚMERO 37



S A M U E L

El pequeño Samuel era la alegría y el gozo de sus padres.

Transcurrieron algunos años y cuando el chico alcanzó ya la edad para acompañar a sus padres en la peregrinación de costumbre al Santuario de Silo, Anna se acordó de su voto, que había hecho al Señor, prometiendo, que entregaría a su hijo para que sirviera a Dios. A pesar de que le quería muchísimo, suponiendo, por consiguiente,

un gran sacrificio separarse de él. Su madre no tardó en cumplir lo prometido. Un día se encaminaron Anna y su marido hacia Silo, llevando consigo al pequeño Samuel; cuando llegaron, presentaron su hijo al sacerdote Elí, diciendo Anna: "Yo soy aquella mujer que estuvo aquí, junto a tí orando al Señor. Por este niño oraba y Dios me dió lo que le pedí. Ahora, pues, le quiero entregar al Señor, como he prome-

tido. Todos los días de su vida será del Señor y le servirá. Ruégote que le recibas como ministro tuyo." Elí accedió al ruego y le recibió como ayudante suyo en los cultos y en los sacrificios. Samuel cumplió fielmente con sus deberes, aunque no estaba en buena compañía.

Porque Elí tenía dos hijos, cuyo deber también era ayudar a su padre. Pero hacían todo lo contrario, porque eran dos mozos muy traviosos. Cada vez que venía la gente a sacrificar, los dos mozos robaban los mejores pedazos de carne destinada al sacrificio, pescándola con asadores de la caldera para comérselos luego, y menospreciando de esa manera los sacrificios del Señor. Mas Samuel no tomó parte en estas bribonadas, sino fué un chico bueno, solícito y agradable delante de los hombres. De vez en cuando echaba de menos a sus padres, y por supuesto los días más felices del año para él eran, cuando sus padres venían a visitarle, lo que hacían cada año en tiempo de la peregrinación. Entonces su madre le solía hacer un vestidito blanco, que había confeccionado, y en el que había puesto todo su cariño, que sentía por su pequeñuelo tan lejano.

Elí y Samuel acostumbraban dormir en el mismo templo. Tan animado era de día, tan solitario y tranquilo era de noche. Sólo una lamparita pequeña alumbraba el vasto recinto completamente oscuro. Una noche estaban durmiendo allí como de costumbre Elí y Samuel; Samuel dormía con toda la profundidad de un sueño juvenil, mientras el viejo Elí se revolvía en su lecho,

pensando en las malas acciones de sus hijos, soñando quizá de su familia. De repente Elí se despertó. Le pareció haber oído una voz que le llamaba: ¡Samuel! y suponiendo que Elí le necesitaba, se apresuró a levantarse, y acudiendo a Elí, le dijo: "Heme aquí, ¿para qué me llamaste?" Mas Elí le contestó: "Hijo mío, has soñado, yo no te he llamado, vuélvete y acuéstate." Samuel lo hizo así, y se durmió en seguida. Otra vez reinaba silencio absoluto en el templo, cuando pasó un rato, Samuel se erigió de nuevo en su lecho. Estaba bien seguro, que esta vez había oído una llamada de veras. Por segunda vez se presentó delante de Elí, preguntándole porqué le había llamado, y como antes, Elí le dijo: "Hijo mío, te equivocas, vuélvete a acostar." Poco tiempo después Samuel oyó la voz que le llamaba por tercera vez. Y cuando corrió a Elí, éste entendió que era Dios que llamaba a Samuel. Entonces dijo al mozo: "Ve y acuéstate; pero si oyes la voz una vez más, entonces contesta: "Habla, Señor, que tu siervo oye."

Efectivamente, después de algunos momentos Samuel oyó por cuarta vez la voz, y obedeciendo al consejo de Elí, contestó: "Habla, Señor, que tu siervo oye." Entonces Dios habló con Samuel, y le manifestó una cosa muy grave. Le dijo que por los pecados de los hijos de Elí y por la flaqueza de su padre, que no los castigaba, haría llegar una desgracia muy grande sobre toda la familia del sacerdote, extirpándolos de la tierra. Después de escuchar estas palabras, Samuel ya no se pudo dormir por la emoción de haber escuchado la

voz del Señor, y preocupado por la noticia tan triste que Dios le había comunicado. Suponía con razón, que Elí, por la mañana, le preguntaría acerca de su visión nocturna, y comprendemos que el pequeño Samuel tenía miedo de notificar tan graves cosas a Elí. Al amanecer y levantarse Samuel, evitó el encuentro con Elí tanto tiempo como le era posible. Pero cuando Samuel abrió las puertas del templo, Elí se acercó al muchacho preguntándole: “¿Qué es la palabra que te habló el Señor?” “Te ruego que no me lo encubras de ninguna manera.” Entonces Samuel se lo manifestó sin ocultarle nada.

Elí, que aunque débil y transigente con sus hijos, era un hombre piadoso, no se encolerizó ni se enojó con Samuel, sino plegándose a la voluntad de Dios, contestó: “¡Es el Señor!, haga lo que bien le pareciere.” Samuel que en el silencio nocturno había oído la voz de Dios, no se olvidó nunca de aquel acontecimiento; creció en sabiduría y edad y se hizo un fiel servidor del Señor, y Dios estuvo con él, de manera que todo el pueblo de Israel le reconoció como hombre bendecido por el Señor, y acudía a escuchar sus palabras.

Un héroe evangélico

(Continuación.)

Mientras tanto, en Alemania, seguía la guerra religiosa en perjuicio cada vez mayor de los protestantes. Entonces Gustavo Adolfo, cristiano evangélico de todo corazón, entusiasmado por

la fe de sus padres, se resolvió a socorrer a sus correligionarios apremiados. En la primavera de 1630 se despidió en una dieta de su pueblo. Explicó las razones de su empresa, diciendo que sólo confiando en Dios y la causa justa, emprendía la campaña: “Quizá, dijo, despidiéndose de su esposa y de su hijita, sea la última vez que nos veamos”. Todos sollozaron y él mismo, abrumado del presentimiento, no pudo ocultar su emoción. Más dado el alto concepto de su deber, ni el amor a su tierra, en que sobre todo dejaba a su esposa que la quería de todo corazón, ni los legítimos deseos de descansar tras tan largas guerras, ni el temor de atacar, sin contar con aliados, a un enemigo tantas veces superior, le pudo retener de cumplir lo que había comprendido como una tarea confiada a él por Dios mismo. En Junio de 1630, el rey desembarcó en las costas de Pomerania. Se hallaba él en una de las primeras lanchas, en que el ejército de 15.000 hombres fué transportado a tierra. Al pisar el rey la tierra, cayó de rodillas y dió gracias al Todopoderoso por la feliz realización del trayecto, tan fervorosamente, que su séquito empezó a llorar. “No lloréis, dijo el rey, sino orad; mucho orar es tener la mitad de la victoria. El mejor cristiano siempre será también el mejor soldado.” Siguiendo el ejemplo de su jefe, también el ejército estaba inflamado por un entusiasmo religioso, muy al contrario de los ejércitos imperiales, que más bien se semejaban a bandas de mercenarios desenfrenados, que quemaban y destrozaban todo que se les ponía delante, que maltrataban a las

mujeres y jóvenes, que saqueaban a todas las poblaciones, que martirizaban a los prisioneros en procedimientos verdaderamente diabólicos, dejando completamente desvastadas las regiones por donde pasaban.

Mientras así en estos ejércitos dominaban los vicios más viles y nadie se preocupaba de Dios, los regimientos de Gustavo Adolfo formaban diariamente en círculo alrededor de un capellán castrense para celebrar sus cultos matutinos y vespertinos. La blasfemia, el juego, el saqueo y los duelos, cosas ordinarias entre los enemigos, eran terminantemente prohibidos. En todas las virtudes el rey mismo daba el mejor ejemplo. Su temor de Dios puro y sincero, le dió valor y prudencia en las situaciones más precarias, y sus soldados confiaban firmemente en la victoria bajo las órdenes de tan excelente jefe.

La acogida de Gustavo Adolfo en Alemania no fué muy cariñosa. Aún se explica que sus enemigos se mofaran de un rey tan joven. El emperador Fernando al enterarse de la llegada de Gustavo Adolfo, exclamó en tono burlón: "Otro enemiguito más, ¿qué nos importa?" Y otro decía aludiendo al clima sumamente frío de Suecia: "El rey de la nieve ya se derretirá cuando avance hacia el Sur." Pero los mismos evangélicos, a quienes quería prestar ayuda, le hicieron un recibimiento bastante frío. En vez de recibirle con los brazos abiertos se asustaron de su llegada, y se negaron aceptar su ayuda, ya por miedo al desquite del Emperador, ya por antipatía hacia el extranjero. De esta ma-

nera Gustavo Adolfo, en vez de poder atacar con denuedo al enemigo, perdió mucho tiempo esforzándose en convencer a los príncipes evangélicos, que debían seguirle para su propio bien, y algunas veces hasta tuvo que subrayar su deseo con las armas. Así ocurrió una gran desgracia. La ciudad de Magdeburgo, el último y más fuerte baluarte de los evangélicos cayó en manos del ejército imperial a las órdenes del implacable general Tilly. Apenas tomada la ciudad, se desencadenó la furia de los mercenarios sobre la bella ciudad. Como fieras se arrojaron los soldados sobre los habitantes degollándolos sin diferencia de sexo ni edad. Tras esta carnicería, 53 mujeres fueron encontradas en una iglesia, decapitadas; 20 jóvenes nobles buscaron la muerte en el río Elba, para evitar una deshonra mayor. En total, perecieron 30.000 hombres. Las llamas destruyeron la hermosa ciudad casi por completo, quedando solamente algunas chozas miserables y alguna que otra iglesia. La culpa de esta catástrofe la tuvieron los mencionados príncipes evangélicos, que, por sus intrigas, impidieron que Gustavo Adolfo pudiera levantar el sitio de Magdeburgo.

(Continuará.)

—¿Cuál es la cosa que pasa por el agua y no se moja?

—La sombra.

* * *

—¿El colmo de un cirujano?

—Sangrar un brazo de mar.